

SOMOS FUTURO

MANIFIESTO DE LA CLASSE

El suelo de Quebec vibra desde hace muchos meses al son de miles de pasos. Una fuerza en principio subterránea y antes adormecida por un consenso frío, surgió en esta primavera. Esta fuerza ha animado a estudiantes, padres, madres, niños, niñas, trabajadoras y desempleados. Lo que comenzó como una huelga estudiantil se ha convertido en una lucha popular: la cuestión del alza de los aranceles nos ha permitido tocar un malestar mucho más profundo, hablar de un problema político global. Porque sí, realmente, se trata de un problema global. Y para responder, es el momento de llegar hasta la raíz de este problema y darle forma a nuestra visión.

Nuestra visión es la de una democracia directa requerida a cada instante. Es la visión de un Nosotros que se expresa en las asambleas: en la escuela, en el trabajo y en los barrios. Nuestra visión, es el pueblo que de manera permanente toma a cargo la política, en las bases, como primer lugar de legitimidad política. Es la posibilidad de poder escuchar a aquellos y aquellas que nunca toman la palabra, y es la posibilidad de que ellos y ellas la tomen. Es la ocasión para las mujeres de hablar en condiciones de igualdad, de sacar a la luz cuestiones cruciales que a menudo son dejadas de lado u olvidadas. Nuestra democracia no hace promesas, nuestra democracia actúa. Nuestra democracia no alimenta el cinismo, lo destruye. Nuestra democracia reúne, y esto lo hemos demostrado en muchas ocasiones. Cuando nos tomamos las calles y defendemos la huelga con nuestros cuerpos, es precisamente esta democracia la que se respira. Es una democracia de conjunto.

Su visión, su democracia, ellos y ellas la declaran representativa: nos preguntamos entonces a quién representa. Esta no se vive sino cada cuatro años y no sirve más que para cambiar las caras. Elección tras elección, las decisiones quedan iguales y sirven a los mismos intereses, prefiriendo los murmullos burocráticos al ruido de las cacerolas. Cuando la rabia colectiva se escucha, se aplican leyes especiales y nos imponen las matracas y los gases lacrimógenos y de pimienta. Cuando la élite se siente amenazada, entonces traiciona los principios que dice defender: su democracia sólo funciona cuando nosotros callamos.

Para nosotros, las decisiones democráticas deben ser el fruto de un espacio de participación, en el que cada mujer y cada hombre son valorados. Iguales en los diferentes espacios, ellas y ellos pueden, juntos, construir el bien común.

Hemos comprendido que el bien común depende de un acceso igualitario a los servicios públicos, y la igualdad en los servicios públicos tiene un nombre: la gratuidad.

La gratuidad no es solamente una ausencia de precio, es la abolición de las barreras económicas para acceder a lo que nos es precioso colectivamente. Es la abolición de las trabas para la realización plena de nuestra humanidad. La gratuidad, es pagar en conjunto lo que poseemos en conjunto.

Al contrario, la tarificación, - la parte justa- es una discriminación invisible. Bajo el principio supuestamente consensuado de «usuario-pagador», se impone de hecho, una sobrecarga económica a las personas más abandonadas, más olvidadas. ¿En qué es justo que un abogado y una empacadora paguen el mismo monto para ser atendidos en un hospital? Lo que para uno es un monto mínimo para el otro representa una carga insoportable.

Y esta carga, la llevamos a costas, todos y todas, estemos o no estudiando: es una de las enseñanzas de nuestra lucha. Tenemos que pagar el alquiler, somos trabajadoras y trabajadores. Somos estudiantes internacionales marginalizados y marginalizadas por unos servicios públicos discriminatorios. Venimos de todos los orígenes y mientras el color de la piel no llegue a ser tan trivial como el color de los ojos, seguiremos sufriendo el racismo cotidiano, el desprecio y la indiferencia. Somos mujeres, y si somos feministas es porque vivimos el sexismo día tras día así como los reveses del sistema patriarcal y combatimos también los prejuicios más obcecados. Somos gays, hetero, bisexuales y lo reivindicamos. Nunca hemos dejado de formar parte de la sociedad. Nuestra lucha no es contra el pueblo.

Nosotros somos el pueblo.

Nuestra huelga sobrepasa las fronteras del alza de 1625\$ en los aranceles. No sólo nos despojan de nuestros derechos más fundamentales poniendo las instituciones educativas al servicio del mercado, también lo hacen mercantilizando los hospitales, Hydro-Quebec, los bosques y subsuelos. Más que compartir servicios públicos, compartimos espacios de vida. Y estos han existido desde antes que nosotros, y queremos que sigan subsistiendo.

Ahora bien, la codicia de un puñado de gente que no está en deuda ni rinde cuentas a nadie, está arrasando con nuestros espacios con total impunidad, desde el Plan Norte hasta la explotación del Gaz de Esquisto. Para esta gente que solo piensa en el beneficio del próximo trimestre, la naturaleza sólo tiene valor de acuerdo a las repercusiones económicas. Caprichosa y avariciosa, esta gente sólo tiene ojos para sus accionistas lejanos y son miopes ante la belleza del bien común. Para satisfacerse, esta élite procede de manera colonial, sin consultar a nadie. Lejos de las cámaras, empobrecidas y fácilmente olvidadas, las mujeres indígenas son las primeras víctimas de esta venta ruin.

Afortunadamente, los pueblos indígenas, desplazados en cada nuevo proyecto, resisten ante este saqueo sin fin. Si algunos proyectos de explotación salvaje han sido detenidos, ha sido gracias a que estas mujeres y hombres se han atrevido a desafiarlos. Ellos y ellas han sabido resistir a este saqueo de recursos, a pesar del discurso catastrofista que asegura que el bienestar económico depende de la explotación rápida, a todo costo, de nuestro subsuelo.

En conjunto, nos veremos afectados y afectadas por el despilfarro de recursos, nos preocupamos por los pueblos con quienes compartimos todos estos espacios y por las personas que estarán después que nosotros. Queremos pensar mejor, queremos pensar más allá.

Es ésta nuestra visión, la esencia de nuestra huelga. Una acción colectiva que sobrepasa los intereses del estudiantado, que se atreve a reivindicar un mundo diferente, lejos del sometimiento ciego a la mercantilización. Mercantilización de los individuos, de la naturaleza, de nuestros servicios públicos: la misma y reducida élite vende todo lo que nos pertenece. Por el contrario, nosotros lo sabemos: los servicios públicos no son ni gastos inútiles, ni bienes de consumo.

Nos hemos dado cuenta que nuestro subsuelo no se mide en toneladas de metales y que el cuerpo de una mujer no es un objeto para vender. De la misma manera, la educación no debe ser vendida, debe ser ofrecida a todas y todos, sin mirar su estatus migratorio o su condición. Una educación para nosotros, una educación que compartiremos juntos.

Porque la educación es un aprendizaje de la humanidad, y como la humanidad no se debe someter a la competitividad económica, rechazamos que nuestras escuelas se plieguen ante el peso del dinero. Juntos y juntas, queremos una escuela igualitaria que rompa con las jerarquías y que amenace a todos aquellos y aquellas que crean poder dirigiéndonos con toda tranquilidad.

Poniendo a disposición de todos y todas los recursos necesarios para el desarrollo pleno de sus capacidades, podremos crear una sociedad donde la organización de la vida en común y la toma de decisiones se haga colectivamente. Es éste el corazón de nuestra visión. La educación no es entonces

una rama de la economía, ni un servicio de formación a corto plazo. Esta raíz de todos los saberes permite asfaltar el camino hacia la emancipación de toda una sociedad, una educación liberadora que construya las bases de la autodeterminación.

Como espacio para compartir un saber universal, la educación debe abolir toda forma de discriminación y de dominación fundada sobre el género. Sin embargo, resulta que ser mujer dentro de este sistema es tan difícil como ser mujer en sociedad. Es un engaño creer que la educación no reproduce las desigualdades. Estamos hastiadas y hastiados de ver que las profesiones tradicionalmente femeninas son menos valoradas en la sociedad y que todavía son estudiadas mayoritariamente por mujeres. Somos muchas en las aulas de clase del pregrado universitario, pero ¿cuántas de nosotras llegamos hasta los más altos peldaños de la escalera universitaria?

En oposición a este mantenimiento de las discriminaciones contra las mujeres y las personas marginalizadas por la sociedad, queremos que la educación sea realmente un espacio de igualdad y donde las diferencias sean respetadas. Nosotras y nosotros la vivimos como un lugar de plenitud total.

Si escogimos la huelga, si hemos decidido luchar por las ideas hasta aquí expresadas, es para crear una fuerza opositora, único mecanismo para que pesemos en la balanza. En conjunto somos capaces de mucho: pero tenemos que hablar y tenemos que hablar fuerte. La historia demuestra de manera elocuente que si escogemos la esperanza, la solidaridad y la igualdad no debemos entonces mendigar, debemos exigir. Es de esto de lo que se trata el sindicalismo combativo. Mientras que por todos lados se abren nuevos espacios democráticos, tenemos que utilizarlos para pensar en un mundo nuevo constantemente. No nos sumamos a una declaración de principios, nos sumamos a la acción: si hoy hacemos un llamado a la huelga social, es para unirnos mañana en las calles con el pueblo de Quebec.

¡Juntas y juntos, construyamos de nuevo!

Somos Futuro

